

Tres poemas

Hugo Padeletti

«ATENCIÓN»

es una palabra modesta.
No relumbra
como «esplendor», no implica
trascendencia, no divide
como «dialéctica».
Contiene,
eso sí, simultáneo
e impostergable,
el ojo del semáforo.

Lo que tiene la araña, que no enreda
su hebra, lo que tiene
el martín pescador, indefectible
sobre su presa, lo que tiene
el brote en la semilla
lo tiene,
y la delicia
sin residuo
de estar presente.
«Aunque me río
y aunque me huelgo
no me olvido lo que tengo al fuego».

Tiene la evidencia
del sol cuando revela
el brillo de la espuma,
la sombra del enebro,
el epitafio
del hombre, elucubrado
por el hombre.

A su modo,
la atención hace sitio:
en una espina
de pino, las estampas
de Epinal y el encuentro
de Kurukshetra.

Vengan
a ver. «Aunque soy tosca,
bien veo la mosca».

Ahora, es esta cita de Bradley:
«Es así
que la no-completud,
la no-estabilidad y la no satisfecha
idealidad son el destino
de lo finito».

Al mismo tiempo,
también es la partida, el estupor,
de los *gingko biloba*.
Desconcierta, a las puertas
de la muerte,
su alerta de estandartes
amarillos.

De pronto, la atención
se convierte en el ojo del ratón
asustado,
en el ojo del gato,
en el ojo del hombre que comprende
la situación:
es instantánea.
La atención
para el golpe.

En sí misma
descubre la palanca, halla el punto
de apoyo
y pasa al otro lado

que es éste.
«El que sigue
la caza,
ése la mata».

Se diría que el vasto desalojo
del Taj Mahal
–su pétrea
desmateria–
es la huella que deja.
«Donde hay abejas
hay la miel de ellas».

El Majjhima
–Nikaya, el Viveka
–Chudamani, el Prajna
–Paramita, el Shobogenzo
los sudó.
Son diamantes
de su diadema.

Reina, como es,
no exige que la sirvan:
está quieta
bajo el árbol perfecto
y está completa.

DEMETRIUS ON STYLE

Es la seda o la vida. La crisálida
muerta, la abolida
mariposa
son residuo. El poema
es otra cosa. Es,
de pronto,
su propia mariposa.

Lo primero es la hebra. Lo que sigue
–acogido o cambiado,
reducido, realzado, dividido,
en eco o en contraste–
depende. Largamente
se rehace. Si vive,
sobrevive.

Suele ser caprichosa
la punta, una ocurrencia
casual:
el vuelo de una mosca, los humores
del mar, un pensamiento
de Marco Aurelio. Acaso,
jubiloso, un monumento
de retamas en flor –la inteligencia
de su ahora amarillo.

Y basta. Lo segundo
es saber detenerse. La homilía,
el despliegue previsto, lo rotundo
simétrico
es coturno. El que escucha
se adelanta. Los puentes
discontinuos,
al revés,
valorizan el salto.

Diría, pese a Horacio,
 a tal cuerpo otros miembros:
 delfines en los bosques, jabalíes
 en el mar e imprevistos
 de púrpura. El poema
 respira por sorpresa. Cada pausa
 lo deja renacer,
 le incorpora silencio –ciertas islas
 son el agua.

Demetrio
 definía el estilo
 que me gusta
 como árido. Estilo
 de semillas, diría,
 fertilizante:
 «MULTA PAUCIS».
 Las órdenes son cortas, los lamentos
 son largos, las semillas
 son árboles.

Volvamos
 a las orlas de púrpura, a las astas
 de ante, al engastado
 de granates. ¿Son gratuitos?
 El lugar del poema
 es la atención, el foco. Donde nace,
 allí renace. Halos
 de oro, campos
 de gules, lemas
 morales –el botín de la urraca–
 son anzuelos.

Son redes, estas rutas
 cifradas
 cuyo anverso es tapiz.
 Del País de la seda sinuosas caravanas
 trajeron esta muestra
 donde duermen dragones.

UTTAR PRADESH

Todavía el oscuro tamil, el mongoloide
de Bengala oriental, el indo-ario
de Cachemira
resisten la estadística. Retienen
como liga
el arraigo común,
aunque se advierte, condición
de nuestra empresa («Experto
con experiencia, suficientemente agresivo»),
la ingerencia

del desarraigo. *Liberado*
viviente, transparente
como al trasluz,
el *gnani*, sin embargo,
se sobrevive. Aquí simplificamos,
al simplificar nivelamos
y luego, rotulando, escamoteamos
lo peculiar. De las rosáceas
(«toda la rosa del mundo»)
tomamos el mercado, descartamos
los «modos de la rosa»
y toda la improbable reticencia
de lo real –su ciencia (¿qué sabemos
del durazno?)
y su belleza.
Contemplemos un poco, junto al árbol,
la semihendida esfera que se aguza
en pezón, pelusienta, amarilla, verdosa
por detrás y de mejilla
colorada. No arte todavía,

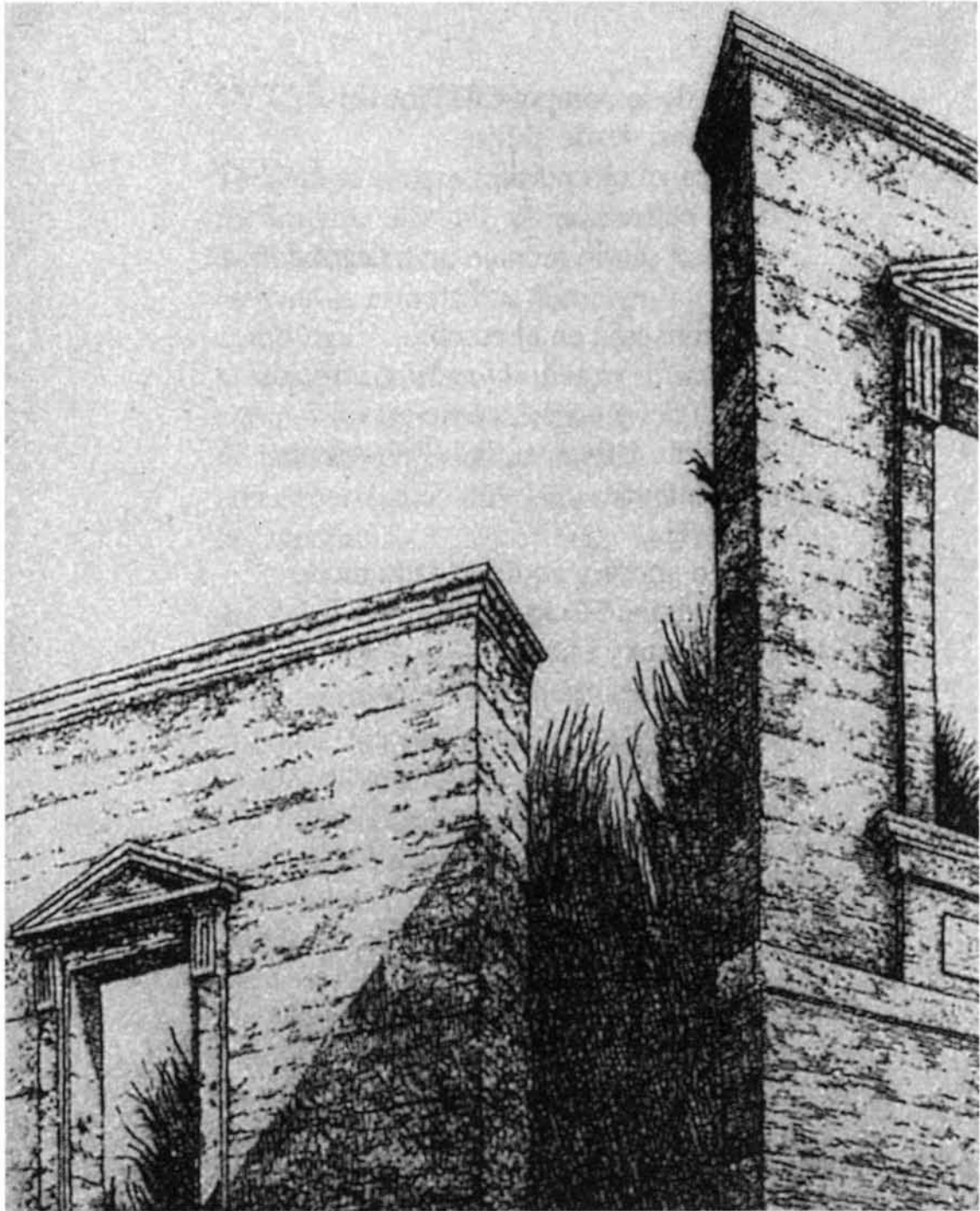
pero sí
atisbo tras el velo.
Como aquéllos (¿estilo holandés?
¿inocencia de toda ortografía?)
que una mano pintara (firmó *Eugenia*)

antes de la compota. De moverse,
digamos, desde el ojo
que ve, el ojo puro
de la belleza,
hasta el diario menaje que, cegándonos,

nos consume en el cambio.
¡*Animula, vagula, blandula*, ofrecida
al rito del gusano!, cómo gira
la fuerte, la furtiva, la infinitamente
diferenciada
peripezia.
Cómo ahora y aquí, en cada modo
e instante de la rosa,
manifiesta y encubre
la Planta, la epopeya original.



Rana. Aguafuerte, 1983



Arquitectura IV, Aguafuerte, 1994